

**EL VERDADERO
ORIGEN DEL
CABALLO CRIOLLO**

**LOS CABALLOS DE ESPAÑA EN LA
COLONIZACIÓN AMERICANA**

JOSÉ MANUEL SANZ TIMÓN

INTRODUCCIÓN

El caballo es un ser que te cautiva, o no. Como animal doméstico que es te puede gustar más o menos, o no gustarte, bien por miedo o, lo más común, por desconocimiento, pero si de veras te cautiva lo hace de por vida. El caballo es una afición ancestral, y aún es una necesidad en muchos países, que une a las personas, con el que, aunque no nos entendamos, hablamos el mismo idioma. Las aficiones, lo que gusta, lo que motiva y llena el espíritu une mucho, y aunque se viva en el otro extremo de la Tierra y se hayan tenido vivencias, costumbres y culturas diferentes, siempre nos interesará lo que hicieron y hacen otros jinetes. Para todos nosotros y para la sociedad el caballo merece estudio, reconocimiento y respeto, pues sin él los humanos nunca habríamos podido evolucionar hasta ser la civilización que hoy conocemos.

Me crie con caballos, viendo las jacas serranas de Candeleda (Ávila) y las de los cabreros de la Vera en Extremadura, que bajaban al pueblo con las cántaras de leche de cabra para los quesos y subían con el pan y los avíos para las necesidades de la vida en la sierra. Me crie viendo a los potros sueltos con sus madres en las plazas de los pueblos mientras ellas esperaban pacientemente a ser descargadas y car-

gadas de nuevo. Me crie observando como se mantenían los potros atados a la cola de sus madres, yendo por las carreteras, para evitar accidentes con los escasos vehículos de motor que entonces se veían en aquellos entornos. Observaba como al año siguiente las que eran potras de la rastra del año anterior, si no las habían vendido bajaban de nuevo a traer la leche en la primavera y el verano, atadas o encoladas a sus madres, cargando con un costalillo sujeto por un cinchuelo; así se las acostumbraba a la carga. Era este el método de elección de las más dóciles y serviciales para no perder el tiempo con las que no servían; a veces la yegua traía además la cría de ese mismo año, es decir, que servía como madrina de dos hermanas juntas.



El guerrero de Mogente, figura ibérica de bronce del Museo de la Prehistoria de Valencia.



¡Adiós abuelo! Dibujo de la época. 1918.

Entonces los caballos se domaban con tiempo y el trabajo diario, pasando desde potrillos por los mismos lugares que luego pasarían; atravesando las gargantas de la sierra, los arroyos y el monte que después atravesarían y conociendo los sonidos del campo, el olor de los animales de su entorno y los ruidos de las personas en los pueblos y el fragor de las máquinas.

La equitación era otra cosa; yo, mucho antes de leer o recibir clases de montar, aprendí a mantenerme en una albarda de carga sin estribos antes que en una montura.

Mi mayor ilusión consistía, con cinco años, en que nuestro vecino, guarda forestal, que venía todos los días de la sierra a su casa con su yegua cargada de leña para la lumbre, nos dijese a su hijo Florito y a mí que montáramos y la llevásemos a la cuadra que un familiar tenía cerca de donde vivíamos. Aquella excursión, no por cercana, no dejaba de resultarme toda una interesante aventura.

Nunca se olvida el sonido de los cascos herrados de un caballo al paso sobre el empedrado de una calle estrecha.



MOTIVOS, INTERÉS Y ACOTACIÓN HISTÓRICA DE ESTE TRABAJO

Cuando comencé mis estudios y conocí el descubrimiento del Nuevo Mundo intuí, porque no nos lo explicaron en profundidad, que lo que en realidad fue una gesta de los españoles, en tan pocos años nunca hubiera sido posible sin la ayuda de los caballos, pero tampoco sin la calidad personal, ideológica y la fe de los que la protagonizaron, así como de los nativos que ayudaron a veces, no sin dolor, a que la civilización de nuestro pueblo y la religión cristiana católica enriquecieran su civilización, igual que nosotros fuimos favorecidos con la suya; porque, aunque existieron muchos enfrentamientos con los aborígenes, los españoles tuvimos, sin dudarlo, más alianzas y relaciones de amistad, mezcolanza y colaboración con los indios americanos que al contrario, y de más calidad sin duda que otros conquistadores.

En aquellos lejanos orígenes del encuentro de ambas culturas, el devenir de los siglos trajo consigo el nacimiento de la actual Iberoamérica, a la que posteriormente se fueron añadiendo otros pueblos con tradiciones y acerbos culturales nuevos, a través de la contribución de otras gentes que en épocas posteriores y por múltiples motivos fueron emigrantes en el Nuevo Mundo.



Llegada de los españoles a América, cuadro de Dioscóforo Teófilo, Puebla 1862. Museo del Prado.

Sabemos que como aportación biológica los españoles y los portugueses trasladamos a todas las partes de nuestros antiguos imperios múltiples patrimonios genéticos: animales y vegetales. Si conocemos bien la filosofía de conquista y colonización de España en América, con profundidad y sin demagogia partidista o ideológica, sabremos que fueron todas las especies animales y muchísimas plantas y semillas las que los colonizadores y los frailes misioneros llevaron al continente americano, tomando de América y aportando a toda Europa desde España y Portugal aquellas que no se conocían entonces y que merced a su cultivo paliaron posteriormente trágicas hambrunas.

Múltiples y nuevas familias se formaban en aquellos años entre españoles y portugueses con nativas; simultáneamente se fundaban ciudades,

misiones y fuertes que servían a una población que necesitaba alimentos, es decir, agricultura y ganadería. Podemos concluir que se trasladaron las formas, las tradiciones y las costumbres de origen a otras latitudes, afortunadamente casi siempre más ricas que las españolas para adaptarse con mejor fertilidad de tierra y clima.

Difícilmente se podría haber logrado la gran empresa de América, que en tan siquiera cincuenta años alcanzaba desde las grandes praderas al norte de Texas hasta la Tierra del Fuego, sin la indispensable contribución y el uso de los animales que más se demandaban y valoraban entonces: el caballo, los asnos y las mulas.

Conocido es el efecto de sorpresa y miedo que los caballos causaron en los indígenas americanos y que tanto ayudó en los conflictos bélicos y batallas que se libraron en numerosos momentos de la época de la Conquista. Cuando en combate moría un caballo, si no había necesidad de aprovechar su carne, se le quemaba o enterraba en un lugar secreto para que los indios continuasen creyendo que eran inmortales.

Pero no todo fueron guerras; había que conducir el ganado a caballo, las mercancías en sus lomos sirviéndose de ellos como animales de carga y transporte, desplazarse para predicar la fe católica por todo el continente, fundar y construir ciudades, levantar misiones, iglesias, hospitales y universida-

des muchos años antes de que nuestros envidiosos detractores apareciesen por allí, y no para mezclarse, cristianizar y dar cultura, derechos y ciudadanía como hicieron nuestros antepasados. La historia hay que juzgarla con seriedad y estudiarla con los documentos y la perspectiva de los tiempos en la que ocurrió, y no con informaciones ocurrentes de las redes sociales actuales y el sectarismo de los intereses de algunos dirigentes políticos y la educación que se pretenda dar a la juventud en cada momento.



Hernando de Soto parando a raya su caballo para impresionar a los nativos. Ilustración de arrecaballo.es.

Con caballos se pudo abordar un planteamiento logístico, tanto militar como civil, distribución y transporte; gracias a los caballos, los asnos y las

mulas se cubrieron comunicaciones, intendencia militar y necesidades agrícolas para llevar la civilización europea a tan lejanas provincias virreinales.

En no pocas ocasiones me he preguntado cuántas películas se habrían filmado en Hollywood sobre la colonización americana si en vez de haberla realizado España y Portugal hubiese sido obra de otros países que no tenían la lengua común que hoy nos une.



Francisco de Orellana defendiéndose de los indios en el Amazonas. Ilustración de arrecaballo.es

En la extensa lista de publicaciones que durante años he podido consultar se observa una grave equivocación, que se ha ido repitiendo y difundiendo continuamente, pues se entiende o sobreentiende que los caballos llevados desde España eran los de la raza española actual, citando frecuentemente a los caballos españoles, en vez de hablar de caballos de España. Se da por cierto también que, al salir para las Indias desde puertos de Andalucía, los caballos debían ser andaluces:

«Los caballos andaluces todo lo soportaron, quedándoles vitalidad para poblar y llenar un continente de donde había desaparecido completamente la especie equina¹...».

Textos como este y con tales afirmaciones se pueden encontrar en la bibliografía de forma frecuente y por extensión del caballo andaluz a la denominación actual de caballo español. Se aúnan ambos orígenes para los caballos criollos americanos de todos los países, según convenga.

Definiremos pues como caballo español al actual Pura Raza Española (PRE) y como caballos de España a todos aquellos que pertenecen a patrimonios genéticos españoles y que no son caballos

¹ Recopilación de Estudios de Cría Caballar. 1931. Artículo «El caballo andaluz» Marques de Negrón y Pardo de Figueroa, páginas 97 y sig.

de Pura Raza Española (PRE); de estos últimos, y teniendo algunos siglos más de antigüedad que el PRE actual, en España existen, desde 10.000 años antes de nuestra era, varias agrupaciones raciales caballares bien definidas, poco conocidas y menos difundidas. Prefiero entender que es el desconocimiento y no en la mala intención o el chauvinismo donde radica esta errónea interpretación.



Caballo español del Depósito de Sementales de Zaragoza a principios del siglo XX. *Memorias de Caballería y Cría Caballar*. Ministerio de la Guerra. 1914.

En la carrera estudiábamos que el caballo criollo descendía del caballo español y cuando por primera vez vi en la Feria Internacional del Campo de Madrid de 1975 expuestos juntos caballos españoles (PRE) y criollos en el pabellón de Argentina no podía entender como una raza de más de 1,60 m de alzada podía bajar a 1,45 m o menos.

¡Habían disminuido de talla! ¿En América, donde todas las especies de ganado europeas suelen crecer más?... Algo no encajaba en las leyes de la herencia.

Esta pregunta me ha tenido intrigado durante años y he tratado de encontrar y leer los libros más notables que sobre el criollo se han escrito y publicado en América y España, y que pudiesen explicar esta realidad, sin lograrlo. Su lectura me llevó al estudio, y el estudio a la investigación, y así he ido guardando cuanta bibliografía relacionada con este tema me ha ido llegando o iba encontrando durante 45 años. En este aspecto soy un aficionado, un investigador independiente con datos, no un ocurrente; un divulgador histórico de razas de animales, con formación académica y práctica, y con experiencia para conocer y saber razonar cuanto aquí deseo transmitir.

Después de las conversaciones con el coronel Hugo Fantoni en España, en noviembre de 2023, que tuvo la consideración de obsequiarme con la